



Gral. Francisco Morazán
(Iconografía del pintor mexicano
Fernando Leal).

Retorno a Morazán

Por Rafael Heliodoro VALLE

(En el *Rep. Amer.* Envío del autor.
en México, D. F.)

Con la periodicidad con que algunos volcanes de Centro-América se despiertan, así el nombre de Morazán resurge entre el humo de una noche de silencio compacto y entre el fuego de la esperanza. En torno de él, sólo de él, la vieja familia vuelve a conversar con emoción, evocando su imagen. Pero no habla de sus hazañas bélicas, sino de su gran sueño que algún día será realidad vencedora — sin brillo de espadas o de machetes, ni toques de clarines — sino por obra del entendimiento pacífico, de la cordialidad constructiva. Morazán regresa en cada amanecer de la ilusión; pero con la luz de la simpatía que emana de su personalidad y con la aureola que le ciñó el martirio en una hora de profecía, en que su sangre fué para convertirse en la savia perenne que sólo fluye de las ideas creadoras. Esta es la inmortalidad: seguir amaneciendo en las almas, dándose en amor, en palabra viva. Sus mensajes, sus cartas, sus memorias, sus arengas, fueron escritas con esa claridad auroral que sólo efunden las grandes almas; y en ellos no aparecen ni la frase vulgar ni la injuria que debería quedarse como carbón encendido en los labios de los políticos deturpadores, de los que creen que cada gota de tinta que derraman y cada llanto de viuda o de huérfano que han contribuido a derramar, serán puestos en su debe para cuando la historia formule sus dictámenes. Morazán no pensaba en la historia ni en la inmortalidad cuando iba de un rumbo a otro sobre su caballo de guerra; y por eso es una figura de gran contenido histórico, un inmortal que ha

tomado definitiva posesión de la tierra americana. Acaso la única vez que pensó en el futuro, porque en ese momento se daba cuenta de su responsabilidad ante las generaciones venideras, fué cuando ya en las ansias de la muerte, dijo a uno de sus compañeros de patíbulo: "Lo posteridad nos hará justicia".

El tenía fe profunda en la juventud, que era su ilustre posteridad, su fiel albacea. Los mejores jóvenes de su tiempo fueron sus secuaces. Desde que estuvo por primera vez en un frente de guerra, hasta que cayó fulminado por la reacción, su ímpetu era el de un joven enamorado ciegamente de un ideal: el de mantener la unidad de los cinco países que se habían desligado políticamente de España, en 1821, al decretarse la independencia en el Palacio de la Capitanía General de Guatemala, y se habían constituido, para nefasto error, en una república federal en la que pululaban los intereses demasiado locales, el nivel de la cultura popular era ínfimo, menudeaban las riñas y querellas aun en los barrios de una misma ciudad y como fruto de la mala administración española se carecía de los servicios públicos más elementales. Contra esa unidad, que era una falsa apariencia bajo el dominio de España, se alzaron en los cinco estados los corifeos del separatismo y los intereses creados que se oponían al programa de las fuerzas progresistas, cuya genuino paladín era Morazán.

Fué el primer estadista de Hispano-América que inició la reforma liberal. Cuatro años antes de que en México se rebelara Gómez Fa-

rías contra los ultramontanos, en Guatemala se daban los primeros pasos audaces para llevar adelante un programa reformador, que tenía que abrirse la ruta recurriendo a la violencia, como en todas las revoluciones, y con Morazán estaban los hombres que — como Barrundia, Molina, Herrera — querían que Centroamérica adoptase las normas institucionales de Francia y los Estados Unidos. El liberalismo se hizo gobierno mucho tiempo después, en 1871, en Guatemala, y en 1876, en Honduras; y más tarde su ideología apareció triunfalmente en las constituciones de los otros países del Istmo. Pero esas ideas han sido superadas porque los problemas económicos y sociales de Centroamérica se han ido agravando a medida que el imperialismo, aliado a los espoliadores criollos, ha creado intereses que siguen estrangulando al pueblo y cuando menos se oponen a que surja un clima político en que los dos partidos históricos — conservador y liberal renuncien a su propósito perenne: adueñarse del poder, a todo trance, manteniendo el retraso de esos países, impidiendo la organización de su economía e impidiendo que la cultura rescate al material humano que ha podido sobrevivir a través de la miseria y la desesperación, la arbitrariedad y la mentira.

El liberalismo en Centro-América se enorgullece de un Morazán, un Cabañas, un Menéndez, un Marco Aurelio Soto; pero también han engendrado a un Barrios, un Estrada Cabrera, un Ubico, un Santos Zelaya. El programa morazánico en lo que tuvo de radical, ha sido incorporado a las leyes de las cinco patrias disgregadas, y a las nuevas inquietudes contemporáneas, que si son carne y espíritu de la ley hasta en países de régimen capitalista, no han podido apresurar la renovación de ellas, como si el tiempo hubiese transcurrido en vano y la historia se hubiese inmovilizado allí.

Morazán sigue siendo de luz y esa es la posteridad que soñaba en el momento de su transfiguración. Más que el héroe liberal — cuyas ideas han sido superadas — nos interesa la reconstrucción de la república en que él fué uno de los ciudadanos esclarecidos. Pero en la batalla que habrán de ganar los centroamericanos que piensan en grande, sólo podrán participar los imponderables que en forma de técnica científica, política sanitaria, comunicaciones, pan y libre para todos, transformarán la vida política y económica de los cinco países que hasta hoy tan sólo han sido — con algunas excepciones — haciendas usufructuadas por minorías sin los ojos clavados en el futuro y que sólo se han preocupado por las granjerías personales. Las armas han tenido fracasos numerosos cada vez que, desde la muerte de Morazán, se ha intentado reconstruir a la Federación Centroamericana; pero los soldados de la cultura, los maestros, los estadistas preparados, la máquina civilizadora, el pensamiento que trabaja por la convivialidad, serán los que logren la victoria de unir las cinco tierras que, colocadas estratégicamente en uno de los sitios centrales de América, algún día se convertirán en un paraíso sin serpiente presidenciable.

He aquí la gran tarea que tendrá Morazán en su codiciado retorno. Sus batallas serán más gloriosas que las que ganó contra enemigos que nutrían la ambición, la envidia, y el odio; y en ellas le prestarán auxilio eficaz los jóvenes que sientan la irradiación de los tiempos nuevos y que se han convencido de que en más de cien años de vida emancipada los ríos de sangre no han podido hacer